

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA



La noche
de una Vida *Lyot*

por
Claire Windsor
John Bowers
50 cts.



GRIFFITH, E. H.
(gué)

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Ediciones BUSTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551

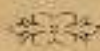
BARCELONA

LA NOCHE DE UNA VIDA

(THE OPENING NIGHT, 1923)

Asunto dramático basado en una historia
por Albert Payson Terhune

Interpretes: Claire Windsor, John Bowers
y E. Ally Warren


Columbia Pictures

Exclusiva de

Príncipe Films, S. Lda.


Aldamar, 7 y 9. - SAN SEBASTIAN

Aragón, 249. - BARCELONA

Vene Photo play : agosto 1925 p. 136

Revisado
por la censura gubernativa

Imp. Badia — D. Dora, 14 — Barcelona



La Noche de una Vida

Argumento de la película

Silencio... Ni el zumbido de una mosca... Habitación alhajada, a media luz... Una pareja avanza con sigilo, se murmura unas palabras de amor, y ella le dice a él, con inquietud:

—Debemos ser cautos, amado mío. Si fuéramos sorprendidos en uno de estos momentos...

El la estrecha con frenesí contra su corazón y la besa en los labios con delirio...

El sayo es un amor culpable. Ella es casada y ha recibido en su hogar, en ausencia del marido, al hombre que le ha hecho sentir el verdadero amor...

Conviene que los criados no sospechen nada, que se imaginen únicamente que aquel amigo

del esposo ha ido a visitar al matrimonio, encontrándose con que se hallaba sola la esposa, cuando en realidad se trata de una maniobra hábilmente preparada por ésta.



Debemos ser cautos, amado mío...

Es indudable que cometerán una locura, huyendo juntos, abandonando la esposa el hogar

del que le dió con su nombre las llaves de su honor y su dicha.

De pronto se oye una voz, y la pareja se inclina hacia adelante para escuchar al que les habla.

—No debes decir con tanta calma esa frase, Carlota —aconseja la voz—. La situación es de inquietud, de nerviosidad.

La escena se desarrolla en un teatro, durante un ensayo de la obra dramática de Gertrudis Ames, titulada "Senda de mujer".

El que aconseja a la pareja de actores es Roberto Chandler, el director artístico y al mismo tiempo propietario del teatro, que lleva su nombre.

Su esposa es Carlota; la primera actriz, una verdadera gloria teatral, a la que moldea a su gusto, deseoso de convertirla en la artista del día por su gran talento.

Carlota es adorable. Rubia como el oro, de ojos claros y expresivos, bella como una virgen, fina como un hilo de Sèvres, franca y amable con todos los que la trataban, gozaba

de merecida aureola de esposa y amiga modelos.

Roberto no tenía más ojos que los de su mujercita y su adoración rayaba en la idolatría.

El primer actor de la compañía era un apuesto mozo, más agradable por su virilidad que por sus facciones.

Carlota y Jaime — que así se llamaba el primer actor — cosechaban legítimos triunfos actuando juntos, y por tal razón, además de por la de la simpatía, Roberto le tenía en excepcional estima.

La pareja escuchó atentamente los consejos del director artístico, y cuando éste hubo terminado de hablar, Carlota le dijo:

—Creo, Roberto, que Jaime no debería besarme hasta después de mis consejos de prudencia.

Roberto movió negativamente la cabeza y una mujer de varonil aspecto, que se hallaba en la platea, junto a la boca del escenario observando el ensayo, intervino en la cuestión.

—Para mí, señor Chandler — indicó —, la escena no necesita besos, ni antes ni después.

Roberto sonrió, e inclinándose respetuosamente ante la opinante, repuso:

Usted es la autora, señorita Ames, y yo debo respetar su parecer; pero el público quiere besos en las escenas de amor.

Carlota asintió, y Jaime imitó a Carlota, reconociendo que la escena resultaba más atractiva añadiéndole caricias, desde luego, sin doble intención, sino bajo el punto de vista artístico... frente al público, que es quien manda, porque es quien paga.

La autora aceptó la exigencia del juez supremo, no importándole gran cosa un beso más o menos entre los protagonistas de su obra, y la escena iba a repetirse, para que Carlota diese la entonación necesaria a su frase de inquietud.

Se abrazaron de nuevo los dos artistas, y cuando iba a llegar el beso, Carlota se separó de Jaime y fué a abrazar entre bastidores a una preciosa niña, bendito fruto de sus amores con Roberto.

Se suspendió el ensayo y Carlota, con la niña en sus amantes brazos, presentóse en escena.

para mostrar a todos la mayor gloria a que debe aspirar toda mujer: ser madre.

Acericiando a su rubia muñeca, rubia como ella, le dijo, haciéndole dirigir su vista hacia la platea del teatro:

—(Mira allí abajo a papaito!

Roberto era muy recto en los ensayos, pero ante su hijita y su mujer toda su rectitud se doblaba como la rama de un árbol bajo el peso de sus retoños.

Olvidóse de sus papeles y subió al escenario, para abrazar a sus anchas a su hijita.

Roberto era de bastante más edad que su mujer, que parecía más joven de lo que realmente era, por su tipo de adolescente, pero no había en el mundo un matrimonio que les aventajase en felicidad, gracias a su mutua comprensión.

La autora contemplaba complacida la tierna escena real, aunque al principio de la interrupción de la de su obra se pusiera de mal humor, por la pérdida de tiempo que representaba la importuna aparición de la hijita del director. ¿Cómo podía ser que una mujer,

por muy varonil que pareciese, no se sintiera emocionada ante el encanto de un infante en brazos de su padre?

De súbito un empleado entregó a Roberto un cablegrama de Londres, y desdoblándolo seguidamente, aquél leyó lo que sigue:

S. A. E. 29-Londres.

Roberto Chandler.

Teatro Chandler

Nueva York.

Representación rigurosamente prohibida en Londres, a menos que usted y autora vengan a modificar la obra.

Bennet Mallory

¡Qué contrariedad!

Roberto alargó el citado parte a la autora, y ésta sorprendióse desagradablemente.

No había otra solución que trasladarse sin pérdida de momento a la ciudad del Támesis.

Roberto no titubeó tampoco en decidirse a marchar, y dijo a la señorita Ames, en presencia de su exposita y de Jaime:

—Un éxito en Londres es de gran importan-

cía, Usted y yo debemos embarcar mañana en el "Balkan".

Así quedó convenido, y para tener tiempo de prepararlo todo sin prisas, se dió por terminado el ensayo de la obra.

Al marcharse hacia su casa, con Carlota, la niña y la niñera, Roberto dijo al primer actor:

—Venga a cenar con nosotros, Jaime. Quiero hacerle algunas advertencias antes de partir.

—Con mucho gusto, señor Chandler — respondió el galán, agradeciendo la fineza del director.

El magnífico *cato* de propiedad de Roberto esperaba a la puerta del escenario, y mientras subían al mismo él y su familia, Jaime se ponía el abrigo y se disponía a salir del teatro, cuando le detuvo cerca de su camarín una conversación que sostenían dos empleados del teatro.

—Este señor Chandler es hombre de suerte — decía el uno —, Nada le falta para ser feliz.

—Y que lo digas — respondió el compañero —, Nunca pude explicarme por qué su mu-

jer, que vale mucho más que él y que es mucho más joven, lo ha querido.

Jaime no pudo menos de contestarles:

Yo se lo explicaré a ustedes. Porque es bueno, porque es generoso... y porque la ama con toda su alma.

Los dos hombres quedaron un tanto sorprendidos por la intromisión, tan acertada como noble, de Jaime en la plática de ambos, y éste apresuróse a ir a su casa, para vestirse para la cena con el director y su esposa.

En tanto, Roberto ordenaba a su chófer, por el acústico:

—¡A casa!

Unas horas más tarde, después de la cena en casa de Roberto, los tres artistas allí reunidos comentaron la interesante obra de Gertrudis Ames, en la que aquél tenía puestas risueñas esperanzas.

Se hallaban colocados ante un diminuto escenario, en el que Roberto ensayaba las escenas con muñecos, con juego de luces y todo cuanto necesitaba para presentar la obra con toda propiedad, y mostró a Jaime y Carlota cómo debían interpretar la escena más interesante del drama, la del beso en la habitación a media luz, cuando los dos amantes se encuentran solos en casa de la mujer casada.

—Aquí es donde Jaime cruza al principio del segundo acto... y esta es la forma en que yo quiero que se ilumine la escena — explicó, su-

miendo el pequeño escenario en discreta penumbra.

Y no pudo decir más, pues en tal instante un criado vino a anunciarle la llegada de un extraño...

—Un viejo que no ha dado su nombre pregunta por el señor... Díle que el señor le conoce muy bien.

Preguntándose quién podía ser aquel visitante, Roberto fué a su encuentro, y su contento fué sincero al reconocer a un antiguo amigo.

—¿Usted aquí, Alfredo Hinkles!... Ya han pasado años desde la última vez que nos vimos.

Sí, Roberto, muchos años... y, como usted ve, no han sido generosos conmigo.

El infeliz vestía como un mendigo, o poco menos, y su estómago reclamaba desde hacía mucho tiempo aumento de ración.

—Pues, ¿qué ¿no trabaja usted? — preguntóle Roberto.

—¿Trabajar? Eso quisiera yo... Pero mal va todo, amigo mío, muy mal. El mundo de hoy

no tiene un huesecito para un viejo... y he pensado que usted, tal vez, pudiera recomendarle a alguien...

—¿Por qué no, Hinkles? Yo mismo puedo emplearle.

—Muchas gracias, Roberto. Es usted tan generoso como cuando mozo.

—Tan pronto se abra mi teatro, trabajará usted. Y eso será muy pronto, poco después de mi regreso de Londres, adonde marchó mañana.

—No sé cómo agradecerle su bondad, Roberto...

—¡Qué gratitud ni qué lantierias! Cumplo como un amigo, y nada más. En fin, no hablemos más de ello. Voy a redactarle una tarjeta, la entregará usted al representante de mi teatro, y él le colocará de portero en la galería.

—¡Bravo, Roberto!... ¡Seré el mejor tomador de entradas de la mejor galería del mundo!

El viejo Hinkles, de haber osado, hubiera manifestado su júbilo taconeando algo así como unas sevillanas.

Roberto sonreía complacido del bien que ha-

cía a su antiguo amigo tan misero en su vejez como rico era él en el otoño de su existencia; pero no satisfecho con darle colocación, se apartó de él unos momentos, fué al ropero y descolgó un gabán en perfecto estado, casi nuevo, para ofrecérselo. Pero, antes de volver al lado de Hinkles, puso unos billetes en uno de los bolsillos de la valiosa prenda de abrigo.

—Tome — le dijo al poco—. Suyo es... para que se abrigue.

—Hombre, me trata usted como un príncipe...

—O como un hermano, Hinkles.

—Estoy conmovido, Roberto...

—Fúmesse este habano y ponga la cara risueña. No todo han de ser calamidades...

—Si hubiera en el mundo almas tan generosas como la suya, amigo mío...

He dicho que no quiero que hablemos de eso, Hinkles, y creo que no ha sido usted nunca sordo.

—Sordo no... es verdad... y para no molestar más, tomo las de Villadiego, más ufano que un pavo real, porque con este gabán y este pu-

ro, me van a confundir con el Presidente de la República.

—No me causa usted ninguna molestia, Hinkles. De modo que, si quiere quedarse un rato aquí, puede hacerlo con toda libertad.

—No, no... usted me ha dicho que se marcha mañana a Londres, y no quiero obligarle a acostarse tarde por atenderme... Vendré a verle otro día... cuando esté más presentable.

El rígido criado de Roberto había aparecido durante la corta ausencia de su señor, pensando que debía acompañar a la puerta a Hinkles, pero se apartó de él al observar, atónito, como el dueño de la casa ayudaba al pobre viejo a ponerse el gabán que le regalaba.

Y como Hinkles insistió en marcharse, Roberto dijo al criado:

—Sépatu, Perkins... Siempre estará abierta para el señor Hinkles la puerta de esta casa.

El desarrapado creía soñar, bendiciendo la leal amistad de Roberto, y fué avanzando hacia la salida de la casa dando fuertes chupadas a su cigarro, para *épater* al criado envolviéndole en humo...

Poco después de haberse marchado Hinkles, Jaime despidióse de Carlota, a la que estuvo contemplando mientras ella tocaba el piano y de su esposo, quedando en volverse a ver al día siguiente en el muelle.



...a la que estuvo contemplando mientras ella tocaba el piano.

Mientras Roberto hacía su equipaje con el criado, Carlota acostóse en su cámara particu-

lar, y no se durmió hasta que su marido, conforme a su invariable costumbre, fué a descansar buena noche.



...y no se durmió hasta que su marido...

Después de la tierna despedida a su esposa hasta el día siguiente, Roberto dirigióse andando sobre la punta de los pies a la habita-

ción de su hijita, y dió a la niña un dulce beso en la frente.

Luego, retiróse a descansar, un poco amargado al pensar en la separación de los suyos a que al día siguiente se vería obligado por el arte y el negocio perfectamente hermanados.

A la otra mañana, a bordo del "Balkan", Roberto, con Gertrudis Ames, se despedía de Carlota, de su hija y de Jaime, así como del representante de su teatro.



...a bordo del "Balkan"

Durante la espera del aviso de bajar a tierra los no pasajeros, Roberto no cesó de dirigir las más cariñosas y alentadoras frases a su esposa, prodigando al mismo tiempo caricias a la niña.

Y antes de que descendiese a tierra, dijo a su compañera:

—Volveré muy pronto, Carlota; antes de darte lugar a que te impacientes.

Y a Jaime, aparte, confiando en su hombría de bien:

—Si algo me sucediera, Jaime..., por favor, no desampare a Carlota y a mi hija.

—No las desampararía, señor Chandler... pero ¿qué quiere usted que le suceda?

—Ya sabe usted que soy un hombre previsor y ordenado, Jaime.

El "Balkan" apartó las pasarelas y las máquinas trepidaron.

Apoyado en la borda, junto a la señorita Ames, a la que todos desearon afectuosamente buen viaje, Roberto, que tenía siempre a flor de labios una frase cariñosa para su adorada familia, trazó en una hoja de su carnet de bolsillo estas líneas:

*Todo mi amor, todos
mis pensamientos, son
vuestros siempre.*

Roberto

La sirena del barco hendió los aires con sus estridentes sonidos.

Roberto dobló el papel, pero comprobando que su poco peso le imposibilitaría caer a los pies de su esposa, colocó un dólar en la primera doblez y lo tiró en dirección de Carlota; pero el aire separó el escrito de la moneda y sólo ésta llegó a destino, cayendo el papel al agua.

—¿Qué querías decirnos, Roberto? — preguntó, gritando, Carlota.

Pero él no pudo oírla, cubierta la voz amada por la escandalosa sirena del barco, y Roberto se contentó con mandarle muchos besos para ella y la niña.

Y en el barco y en el muelle, muchos ojos lloraban. ¿Con motivo? ¿Sin él? Un barco que se va... y unos seres amados que se quedan... es algo siempre triste...



Treinta y seis horas más tarde... envuelto por espesa bruma, el "Balkan" navegaba no muy lejos de los bancos Newfoundland.

La señorita Ames y Roberto se paseaban por cubierta, que estaba completamente desierta, y después de otear desde la borda el tenebroso espacio, la autora dramática dijo a Roberto, con cierta preocupación:

—Me parece una audacia peligrosa marchar con esta velocidad a través de una niebla tan densa.

Era cierto... El cielo y el mar se confundían y el barco parecía una caverna...

Opinando como la autora, Roberto respondió:

—Tampoco estoy yo tranquilo... Nunca me sedujeron los viajes por mar.

La señorita Ames arrebujóse en su mantón,

sintiendo escalofríos, y retiróse a su camarote.

Roberto quedó sobre cubierta, arropado con buen abrigo, pero el frío se hizo sentir también en él y, por esto y por la imponente obscuridad, marchó a su camarote.

Así que estuvo en su departamento de lujo, espacioso cuartito amueblado con mucho gusto, se metió en la cama y se dispuso a leer mientras no cerrase el sueño sus ojos.

Pero le distrajo de la lectura algo que solicitaba más imperiosa y a la vez más tiernamente su alma: el recuerdo de su esposa y de su hijita, cuyos sendos retratos ocupaban el puesto de honor en el camarote.

Descolgó las adoradas efígies y besólas con unción, hablando con ellas como si pudieran oírle.

Y en la noche negra como boca de lobo hambriento avanzaba el "Balkan", hundiéndose elegantemente en el laberinto de las tinieblas.

Y, bruscamente, una orden espeluznante retumbó en el tétrico espacio.

Procedía del capitán.

Pero no hubo tiempo para detener o desviar

el barco, y el "Balkan" chocó contra un banco, despanzurrándose.

La terrible sacudida dió aviso de la tragedia al pasaje y a la tripulación, desarrollándose, al tener confirmación del inminente hundimiento del barco, las más desgarradoras escenas.

La oficialidad no cesaba de dar órdenes.

Aprestáronse los botes salvavidas y el telégrafo pedía desesperadamente auxilio.

El miedo a morir enloquecía al pasaje y hasta declararse en rebeldía a la tripulación.

Los oficiales contenían, armados, con harta dificultad, a la ola de dementes que se lanzaba sobre los botes.

El capitán, por medio de su potente porla-voz, rugía como un condenado para restablecer el orden, a fin de que todo el mundo se salvase.

Pero era inútil. La prudencia había huido, empavorecida, del cerebro de los naufragos.

Por defender su vida, los unos no vacilaban en pisotear la de los otros.

Algunos se arrojaron al agua, encontrando la muerte cuando buscaban afanosamente la salvación.

Y el barco se hundía, se hundía por momentos...

Roberto puso los pantalones sobre el pijama y cubrióse con un batín; y llevándose los objetos que dejara sobre la mesita de noche, salió corriendo de su camarote.

La realidad de la tragedia no le aterrorizó tanto como a los demás. Sabía que la serenidad era necesaria en trances tan apurados, y lejos de abrirse paso hacia los botes de salvamento, buscó a Gertrudis.

La puerta del camarote de la autora estaba cerrada, prueba evidente de que no había salido del mismo.

Heroicamente, Roberto apoderóse de un hacha y derribó la puerta, para penetrar en el aposento.

Logrando su propósito, halló en tierra, desmayada, a la escritora.

—¡Gertrudis! ¡Gertrudis! — gritóle.

Se apoderó de ella, la cubrió con un abrigo y subió a cubierta.

Gertrudis fué recobrándose, y al detenerse con ella, para reponer fuerzas, apareció ante

él, llorando presa de espanto, una niña de corta edad, una de cuyas piernas estaba alojada en un aparato, para que pudiera valerse de ella para sostenerse en pie tan sólo, y la criatura le imploró sollozando:

—¡Sálveme, señor! ¡He perdido a mi papá!
¡Qué horrible situación!

Pero Roberto era noble. Amparó a la indefensa niña, que no hubiese llegado nunca por sí misma a los botes de salvamento, y, con Gertrudis, la condujo a uno de ellos, donde solo había puesto para ellas dos.

—Sálvense ustedes — dijo a la autora entregándolas al oficial que se encargaba de llenar el bote.

—¿Y usted? — contestó Gertrudis.

—No tengo miedo... ¡La muerte no es el fin, es el principio! ¡Sálvense!

—¡Pero usted también debe salvarse! Piense en Carlota..., piense en su hijita!

—¡Sálvense ustedes! — gritó de nuevo Roberto.

Y se apartó de la escritora, pero la evocación

que ella hizo de Carlota y la niña ofreció a la desesperación una nueva víctima.

¡Sí, debía salvarse! ¡Por su mujer! ¡Por su hija! ¡Tenía la obligación de defender su vida en lugar de sacrificarla por la de los demás!

Mas en aquellos momentos, una nueva orden dominó el tumulto:

—¡Ahora, sólo las mujeres! ¡Al primer hombre que intente pasar, lo mataré!

Roberto quedó aterrado, agitando temblorosamente en un rincón, acogollado por el pavor a la muerte.

A pesar de la terrible orden, un hombre quiso ocupar un puesto en el nuevo bote arriado, y un oficial forcejeó con él para apartarlo de allí.

¡No, no cederé mi sitio a nadie! — gritaba, trágicamente, el medroso.

—¡Fuera del bote, le dicho! — insistió el oficial.

Y viendo que todos sus esfuerzos eran baldíos, y que el mal ejemplo de aquel hombre podía acarrear la desobediencia de los demás, que hubiera sido catastrófica en tan críticos

instantes, le descerrajó un tiro a quemarropa, y el infeliz cayó al mar, del que tanto empeño tenía en huir.

Roberto andaba de angustia... Pero, a pesar del castigo impuesto al rebelde, ya no llamaba feroz al egoísmo que disputaba la salvación a las mujeres. Acaso aquellos egoístas eran esposos y padres.

Y, con la obsesión de hacer lo imposible por reunirse con sus adorados seres, Roberto se aferró con todas sus fuerzas a una idea osada, propia tan sólo de las trágicas circunstancias...

Ya no titubeó más en ponerse en salvo, y deslizándose al camarote de la autora dramática y apoderándose en él de un abrigo, femenino, naturalmente, se lo puso y transformó en mujer, para que no le fuese negado el acceso al bote donde se acomodaban las mujeres.

El ardid surtió el efecto deseado, y gracias al mismo pudo huir del barco, que desapareció presto bajo las abismáticas aguas...

Así podría volver a ver a Carlota y a su hijita, y encontraba disculpa a su acción pensando en que ellas le necesitaban para protegerlas con su amor sin límite.



El "Balkan" había naufragado sólo a veinte millas de las islas Sable, y la mañana había limpiado de brumas el mar.



...se desmascaró.

Los naufragos que embarcaron en el bote en que iba Roberto llegó a buen puerto, tras peno-

sa noche, y la gente del lugar se arremolinó en la playa para socorrerlos.

Pero apenas pusieron pie en tierra, el oficial que conducía el bote descubrió la verdadera personalidad de Roberto, y ante la general indignación, lo desenmascaró, tratándole como por su reprobable acto se merecía.

La palabra cobarde resonó en sus oídos acompañada de golpes.

El oficial, en el paroxismo de la indignación, sintió ansias de matarle como a un perro, y fué milagro que escapase al duro castigo y, luego, a la ira popular.

¡Su vida había sacrificado, tal vez, la de una mujer!

—¡Egoísta! ¡Cobarde!

La gente pretendió lincharlo, y cuando lo dejaron en la playa casi muerto, un hombre, un noble lugareño, comprendiendo la causa de la cobardía de Roberto, se compadeció de él y lo amparó desafiando a todos, conduciéndolo a su casa.

Las mujeres gritaban, por el camino, a la esposa del humanitario lugareño:

—¡Y dejas que tu marido lleve a esta serpiente a tu casa!

La esposa opinaba como ellas, pensando en la mujer que había muerto por haberle él robado un puesto en el bote, y también se volvió contra el noble compañero, diciéndole, al llegar a su casa:

—¡Ese miserable no puede permanecer un minuto más bajo nuestro techo!

Empero nada consiguió hacer variar de propósito al lugareño. ¡El obraba con aquel semejante de acuerdo con su conciencia!



—¡Ese miserable no puede permanecer un minuto más bajo nuestro techo!



En Nueva York se hacían lenguas del heroísmo de Roberto Chandler.

La autora Ames, llegada sana y salva a la capital, encargóse de loar la abnegada conducta del desdichado director teatral.

Los periódicos dedicaban columnas entera al héroe del "Balkan".

He aquí algunos fragmentos:

EMPRESARIO DE TEATRO, HEROE DEL NAUFRAGIO DEL "BALKAN"

(Aquí aparecía la fotografía de Roberto, y su nombre).

SUS ÚLTIMAS PALABRAS FUERON:

"LA MUERTE NO ES EL FIN, ES EL PRINCIPIO".

— : —

CHANDLER LLEVA AL VOTE SALVAVIDAS
A LA SENORITA AMES Y A UNA NIÑA

AFRONTA LA MUERTE CON UNA SONRISA MIENTRAS EL BARCO SE HUNDE

Fuera de las palabras con que acogió la tragedia, reveladoras de grandeza de espíritu, el famoso empresario y director teatral sacrificó valerosamente su vida, por salvar la de una pobre niña coja, en el naufragio del "Balkan".

También debe a Chandler su salvación la escritora Gertrudis Ames, autora de "Senda de Mujer", que lo acompañaba en su viaje al extranjero.

Por su parte, la escritora repelia por doquiera, que Roberto era un santo.

— Jamás vi caso igual de renunciación... No tuvo un pensamiento para sí mismo. Y sus últimas palabras fueron las siguientes: "No tengo miedo... La muerte no es el fin, es el principio".

Carlota lloró desconsoladamente la supuesta muerte de su marido, levantando en su alma un altar a su sagrada memoria, y jalme

unió sinceramente su pesar al de la viuda.

Para todos, Roberto había muerto en el "Bal-kan", y la aureola del sacrificio le nimbaba de santidad.

Pero Roberto vivía...

El "robardo", como le llamaban los aldeanos, luchó tres meses con la muerte, en delirio de fiebre cerebral.

Aparte del generoso protector, la hija de este, una bondadosa criatura de ocho años, le cuidaba solícitamente.

La tierna niña fué la primera en verle abrir los ojos a la luz de la razón y, jubilosa, llamó a su madre.

—¡Madre..., está despierto!

Acudió la mujer, que ardía en el afán de apostrofarle por su incalificable conducta, y al comprobar que al fin salía de las tinieblas, no esperó más tiempo para decirle:

—¡De no haber estado usted fuera de su juicio, le habría puesto en la calle hace tres meses!

Roberto, como si despertase de una horrible pesadilla, murmuró:

—¡Tres meses!... ¿Tanto tiempo llevo aquí?

—Sí. Esa fué la hazaña de mi marido. ¡En ninguna parte hubieran recogido a usted!

—¿Y no ha preguntado nadie por mí?

—¡No! ¡Nadie sabe quién es usted..., ni usted interesa a nadie!

—¿Nadie?...

—¿Quién ha de interesarse por un cobarde? ¡Tenga usted... En uno de sus bolsillos tenía usted esta suma. No queremos su dinero, que es tan sucio como usted. ¡Este no es un hotel para infames!

El marido, más humano, más comprensivo, como lo había demostrado de modo irrefutable, que su mujer, trató con piedad al muerto que retornaba a la vida, y gracias a él y a la niña fué sanando completamente.

El buen hombre se ofreció para escribir a su familia, si la tenía, pero Roberto, sospechando que se le debía considerar como muerto en el naufragio, prefirió esperar a poder regresar a Nueva York para poner las cosas en su lugar...

Nadie podía suponer que Roberto vivía, y

la "Compañía Internacional de Indemnizaciones a Viajeros por Mar" abonó, pasado un tiempo prudencial, a Carlota, el importe del seguro del previsor desaparecido, y que ascendía a 500.000 dólares.

En todos los detalles del venerado muerto se veía el corazón que tuvo para los suyos.



...y gracias a él y a la niña fué sanando...

Otro mes pasó antes de que los isleños pudieran recibir el anhelado adiós de "El Cobarde".

Roberto, convertido en la sombra de sí mismo, poblado su rostro de tupida barba, hundidos sus ojos y como ellos sin expresión sus labios, resignábase a vivir aún por Carlota y su niña.

¡Cómo debían haberle llorado, creyéndolo, a causa de la falta absoluta de noticias, ya que no pudieron ser avisadas, por no haberse encontrado en sus ropas ningún documento que acreditase su personalidad, desaparecido como tantos otros pasajeros del "Balkan"!

La noticia de que al fin el "cobarde" se marchaba del pueblo, cundió como reguero de pólvora.

Y todos los aldeanos se aprestaron a tributarle la despedida a que se había hecho acreedor.

Las mujeres, sus peores enemigas, por no poder perdonarle el haber robado a una de su sexo un puesto en el bote salvavidas, formaban corrillos, dispuestas a maldecirlo a coro, estigmatizándolo para siempre, crucificándole moralmente por "cobarde".

La hija del generoso protector del que siempre fue hombre bueno, compasivo y un hermano para los desgraciados, no compartía ¡angelito! la general hostilidad, sino que, habiéndole conocido lo suficiente para cobrarle gran cariño, le salió al paso cuando él se iba a marchar de la casa, y, entregándole un pañuelo, que Roberto tomó con infinita emoción, le dijo:

—Para que se acuerde de mí, señor... Y se lo he cosido yo misma.

Roberto ahogó un sollozo. ¡Bendita criatura! ¡Cómo le recordaba a su hija!

La estrechó contra sí, inundándosele los párpados de lágrimas, y, sin saber por qué

asociación de ideas, pensó en que aquel pañuelo pudiera, tal vez, servirle para secar sus lágrimas en el espinoso y empinado calvario que iba a emprender.

Corrió entre la gente la voz de que el "cobarde" ya estaba para salir, y cada cual se preparó para el papel que se había personalmente designado en la dolorosa comedia humana...

Largo rato permanecieron abrazados Roberto y la niña, y al separarse, para no volverse a ver, el muerto en vida desprendióse a favor de ella de una buena parte del dinero que la mujer del lugareño le entregara como habiendo sido hallado en un bolsillo de su pantalón, diciéndole sin poder contener silencioso llanto:

Di a tu padre que guarde esto para ti... y, cuando seas mayor, cástate con un hombre tan bueno como él.

La niña no comprendía el valor de aquel dinero, y nada le importaba tampoco éste en aquellos momentos, sino el dolor de Roberto y la pena que ella sentía.

El padre de la niña recogió bondadosa-

mente cerca de la puerta a Roberto y lo condujo hacia un cochecito que le aguardaba a una veintena de metros más allá.



¡Bendita criatura! ¡Cómo le recordaba a su hijo!

A su paso, como un reo condenado a muerte por el más horrendo crimen, la gente lo zahería, como a Cristo los que El iba a salvar.

Y en los oídos del que cometió, sin ningún género de duda, una acción indigna de un

hombre, pero por dos mujeres, no por sí mismo, cayeron, como trullazos que le arrancasen el corazón, los peores epítetos, mas ninguno tan implacable como el que desde que pisó la playa no cesaba de oírse: ¡COBARDE! ¡COBARDE!

Y esa palabra la pronunciaban hombres y mujeres con odio intenso, como si se contuvieran de milagro en su ansia de abofetearlo, de descuartizarlo, para ver si tenía corazón como los demás.

Los chiquillos, dispuestos siempre a hacer más que sus mayores, esperaban el paso del carruaje descubierto que conduciría al forastero fuera de la aldea, y le reservaban una sorpresa...

Roberto estrechó con efusión las manos de su protector, al aposentarle éste en el vehículo, y le murmuró, con palabras entrecortadas, todo su agradecimiento.

Y cuando el coche partió, nuevos gritos, nuevos apóstrofes enlutaron más y más su alma.

—¡Cobarde!

— ¡Cobarde!

— ¡Maldito!

Los chiquillos se refocilaban de antemano del efecto que iba a causar al forastero la sorpresa que le habían preparado, y al poco, cuando el coche pasó cerca de ellos, descargaron sobre Roberto una lluvia de huevos podridos.

¡Dios de los hombres, Dios que sabes perdonar, aquello era demasiado martirio!

¡Cuán caro pagaba un momento de debilidad!

Pero ni una queja, ni un suspiro, nada salía de la garganta del maltratado esposo y padre.

El cochero, tan ignorante como los demás aldeanos, se reía despiadadamente de cómo le ponían el rostro a Roberto los endiablados chiquillos con los apestosos huevos.

Pero, justo castigo a su imbecilidad, uno de los huevos se desvió y fué a llenarle la boca.

Y el coche se alejaba... se alejaba... pero en los oídos de Roberto seguía cayendo inexorablemente la palabra "¡Cobarde!"

El tren conducía a Nueva York al que todo el mundo daba por muerto.

Bajo la barba y el modesto vestir, además de la desfiguración sufrida durante los meses de lucha entre la vida y la muerte, Roberto confiaba pasar inadvertido fuese donde fuese.

Lejos de los ignorantes aldeanos que no supieron leer en su alma, Roberto no pensaba ya en que debió haber muerto, pues a medida que se acercaba a Nueva York sentía más imperiosamente el deseo de abrazar a su mujer y a su hijita, para devolverles la alegría que habían perdido.

Para distraerse... y, también, para ocultarse de la gente, tenía ante él un periódico, y

de repente leyó en el mismo, en la sección teatral, el siguiente suello:

EL TEATRO CHANDLER

ABRE ESTA NOCHE

LA VIUDA DEL HEROICO EMPRESARIO SERA LA
PROTAGONISTA DE "SENDA DE MUJER"

La apertura del nuevo Teatro Chandler, aplazada por la trágica muerte de su propietario, tendrá lugar esta noche, estrenándose la obra de Gertrudis Ames, "Senda de Mujer", que dirigió el famoso héroe del naufragio del "Baikán".

Su pecho se dilató de emoción. Aquella noche, precisamente, la misma noche de su regreso, iba a triunfar su Carlota en el drama tan notablemente dirigido por él, y el público tributaría aplausos a su memoria.

¡Oh, qué asombro el de todos si se presentase en escena al final de la función!

Si, un gran asombro, pero, luego, al enterarse de la realidad de los hechos, toda la glo-

ria que se le imputaba se derrumbaría estrepitosamente.

¿Qué era preferible, pues: vivir con el peso del implacable estigma, es decir, vivir como un muerto, o condenarse a no descubrirse?

¡Lacerante dilema!

Y sobreponiéndose a todos los demás pensamientos el afán de ver a Carlota triunfar en la obra de la señorita Ames, preguntó al revisor del tren:

—¿A qué hora llegamos a Nueva York?

—A las ocho y cuarto, caballero.

¡Las ocho y cuarto! Tenía tiempo de llegar al principio de la función.



El tren llegó a destino sin retraso, y Roberto, con paso ligero, a pesar del peso que parecía adherido a sus pies, como a todo su ser, encorvado por la pesadumbre, cual si fuese el de un viejo, dirigióse al teatro, su teatro, la ilusión de su vida sólo comparable con la que constituían para él su mujer y su hija.

Una vez junto al mismo, se detuvo, vacilante...

¿Qué hacer? ¿Entrar?

¿No le reconocería nadie?

Acercóse a las carteleras y leyó el siguiente anuncio:

TEATRO CHANDLER

PRIMERA REPRESENTACIÓN DE

"SENDA DE MUJER"

CON

CARLOTA CHANDLER

Producción que dirigió personalmente el malogrado

ROBERTO CHANDLER

Y en otra, adornada con fotografías reproduciendo las escenas más interesantes de la obra:

ESTRENO DE

SENDA DE MUJER

CON

CARLOTA CHANDLER

¡En todas partes su nombre cubierto de gloria!

Siguió avanzando, ahora hacia la izquierda, decidido a adquirir una localidad de galería, y se detuvo, atónito, ante una artística lápida colocada en el vestíbulo del teatro, cerca del despacho de localidades, para que todos tuviesen que verla, leerla y dedicar un recuerdo al héroe.

En esa lápida había su busto y decía en letras en relieve:

A LA MEMORIA DE
ROBERTO CHANDLER
EN HÉROIC MANTEN
HE AQUÍ SUS
ÚLTIMAS PALABRAS:
LA MUERTE NO ES EL FIN,
ES EL PRINCIPIO

Inconscientemente, se palpó... para conven-
cerse de que vivía.

La representación de la obra en que él pu-
siera todas sus esperanzas iba a dar comienzo
y Roberto no se entretuvo más en divagacio-
nes.

Pero al llegar a la entrada de la galería vió a
su viejo amigo Hinkles luciendo un llamante
uniforme galoneado dentro del que parecía un
ministro. Empezaba a actuar aquella noche de
portero y en su rostro se reflejaba que era un
hombre feliz.

Roberto titubeó entre avanzar y retroceder.

¿Le reconocería el viejo Hinkles?... Temía
que el mismo mundo que lo había glorificado,
lo vejase al saber la forma de su salvación.

Pero pudo más el deseo de ver a Carlota, y
cubriéndose el rostro con un pañuelo, como
si tratase de ahogar un acceso de tos, pasó an-
te el portero, mostrándole, sin mirarle, la lo-
calidad.

Hinkles se le quedó mirando, extrañado de
la insistencia en apretarse el pañuelo contra
la boca, pero no le reconoció ni era posible
que lo reconociese.

La localidad adquirida por Roberto estaba
inmejorablemente situada, muy arriba, sí, pe-
ro de este modo evitaba que la gente de aba-
jo se fijase en él. Su silla era la primera del
pasillo y esto le permitía marcharse sin mo-
lestar a nadie cuando lo juzgase conveniente.

Cuando apareció Carlota en escena el pú-
blico la recibió con sinceros y unánimes aplau-
sos, que se repitieron al salir Jaime, y la obra
fue transcurriendo felizmente, causando inme-
jorable impresión en el ánimo de los especta-
dores, que llenaban el teatro.

El corazón de Roberto latía desacompa-
damente. ¡Su Carlota, su mujer, triunfaba de
pleno, y estaba más hermosa que nunca!

Y a sus labios se asomó su nombre, como si fueran a llamarla.

Pero, no... Debia ser prudente... reflexionar... no cometer una irreparable locura...

Cuando la representación llegó a la escena culminante, la en que los dos amantes se entrevistan en casa de ella, el público se entregó a la misma con delectación... por el realismo de la interpretación.

Roberto había pedido unos gemelos a la señorita que ocupaba la silla que seguía a la suya, y no se cansaba de admirar a Carlota.

Pero la vecina se los reclamó pronto, al comprender que en aquellos momentos vería "la buena".

¡Deme — le dijo, nerviosilla —, que vea de cerca a los tortolos!... Sus gestos dirán si es verdad lo que se habla.

¿Qué decía aquella muchacha?

¿Qué se hablaba de su esposa y de Jaime?

¡Ah, la maldita maledicencia!

Pero en la fila inmediatamente superior a la de Roberto una pareja se ocupó también de los dos artistas, y como habló en voz no

tan baja que no pudiera ser oída por los ocupantes de la fila de delante, Roberto se sintió invadido de un frío sudor.

La pareja había dicho, hablando él primero:

—¿No crees que estén realmente enamorados? Todo el mundo dice que se casaran muy pronto.



Cuando la representación llegó a la escena culminante...

—La Chandler es un buen partido... y el galán no es feillo.

Roberto no pudo permanecer un minuto más allí. Necesitaba aire, mucho aire... Su cerebro amenazaba estallar...

Salió del teatro, empleando, al pasar cerca de Hinkles, las mismas precauciones que al entrar, pero el risueño portero se permitió esta vez dirigirle la palabra y le dijo, cumpliendo como buen empleado:

—¿Por qué se marcha, buen hombre? ¿No le gusta nuestra obra?

Por toda respuesta, para que su voz no le descubriese, tosía, y así dio a entender a Hinkles que se marchaba por estar indispuerto.



Desde el teatro, arrastrándose más que caminando, dirigióse Roberto a su casa.

Y el hogar que un tiempo fué suyo, ahora le veía entrar furtivamente, como un malhechor.

Con sigilo, como un ladrón, avanzó por el *hall*, subió al piso de las habitaciones privadas y su primera visita fué para su hijita, ante

cuyo adorado ser sintió la máxima indulgencia para su gesto de cobardía... ¡No, no debió morir!

Carlota regresaba en aquellos instantes del teatro, acompañada de Jaime.

Los criados dormían. Carlota no quería que nadie la esperase.

Jaime entró en el hogar y esperó en el salón a Carlota, mientras ésta iba a comprobar si su hijita dormía plácidamente.

Roberto lloraba de felicidad por la sonrisa que, un momento que abrió los ojos, al ser acariciada por él, le dedicó su hijita, volviendo a dormirse, pero el rumor de los pasos de su esposa le volvió a la realidad, a su triste realidad de no existir para el mundo.

Ocultóse tras un biombo y, sin ser visto, pudo contemplar, agonizando de amargura, a su esposa y a su hijita.

Un poco después, reunida Carlota de nuevo con Jaime, Roberto, al salir de la habitación, de su hijita, los vió juntos, y ocultóse tras una columna para sorprender el secreto de sus co-

razones, a precio del martirio de su propio corazón.

Jaime repetía su pasión a Carlota.

—No te hablaría de mi amor, Carlota, si supiera que tu corazón fué enterrado... con Roberto.

—No me hables así, Jaime, no me atormentes... Yo me debo a la memoria de mi marido... — contestó ella, debilitándose por momentos su entereza.

—Tú respetabas y admirabas a Roberto... ¡pero nunca le amaste!

Era cierto. No era amor, sino respeto, admiración lo que ella sintiera por su pobre esposo... y, no pudiendo ocultárselo por más tiempo, dijo a Jaime, que la estrechaba con ternura contra su pecho:

—Es a ti a quien amo, Jaime; es a ti a quien amé siempre... ¿Pero por qué me obligas a decirlo?

—¡Porque tus palabras alegran mi corazón! ¡Qué dichoso soy, y cuán feliz voy a hacerte, bien mío!

—¡Si supieras cuánto luché para ocultar es-

te amor mío a sus ojos... y a los tuyos!

—¡Eres un ángel, Carlota!

—...Pero nunca volveré a casarme... Su gran bondad para conmigo me exige que sea fiel a su memoria.

Y al decir esto contemplaba como en éxtasis el retrato de Roberto que ocupaba un sitio de honor sobre el teatrillo en que el ensayaba las obras con muñecos, y cuya boca del escenario había sido tapada con un cristal, viéndose a través del mismo la escena de los dos amantes en casa de ella, o sea, la escena de fuerza del drama en cuya dirección pusiera él todo su arte.

Jaime era noble. Estaba convencido de que Carlota sería su mujer, pero respetó sus vacilaciones, hasta que pasase algún tiempo más.

Le besó la mano con ternura y le dijo, marchándose:

—Esperaré, Carlota querida... El propio Roberto no querría que sacrificaras tu ventura.

Roberto parecía muerto, petrificado en su observatorio, donde acababa de asistir a su propio entierro...

Cuando quedó sola, Carlota colocóse ante el retrato de su marido y su corazón se sinceró con él:

— ¡Cómo quisiera tener tu valor, Roberto! Pero le amo tanto...

Y, segundos después, Roberto quedaba solo en la penumbra del salón.

Como un autómatas contempló su retrato, luego el teatrillo, cuyo telón, simbólica y causalmente, cayó sobre la escena de los dos amantes, y en la mente, que amenazaba romperse, del infeliz, se alzó una inquebrantable decisión.

Sí... Inútil ya todo intento de revelación. Había que resignarse a la sombra, que prolongar la noche en que el destino envolviera su vida.

Se despidió de su pasado, de su teatrillo, de todo lo que no volvería a ver: ¡de su bendito hogar!

Y mientras él salía, como un espectro, de su casa, Carlota entraba de nuevo en el cuarto de su hijita, para cerciorarse por última

vez antes de acostarse de que estaba arropada y dormía tranquilamente.

Pero la niña se despertó y echándole los bracitos al cuello le dijo, sonriente.

— Papá estuvo aquí, y me besó.

Carlota miró instintivamente a su alrededor y besó con emoción a la niña...

Cada día puede ser un año cuando el remordimiento platea los cabellos y la miseria tortura el espíritu.

Roberto encontró empleo en un *garage* como lavavaches, y el azar le obligó a limpiar cierto día su propio automóvil.

El chofer le dijo:

—Ponga el coche como un espejo, abuelo. Su dueña se casa mañana.

Los ojos del mártir se dilataron de asombro y dolor a un tiempo mismo.

—¿Cómo! ¿Se casa la señora Chandler?

—Con su primer actor, sí, hombre. Lo sabe todo el mundo. Corra, haga buen trabajo, ¿eh?

Las piernas le flaquearon, todo daba vueltas a su alrededor y una punzada horrible llevó sus manos sobre el corazón... ¡Era un aviso fatal!

El nuevo sol alumbró la floración de la dicha de dos almas.



Ocultándose de todos, Roberto presenció...

Ocultándose de todos, Roberto presenció la partida de su mujer, del brazo de Jaime, hacia

la iglesia, y resignado, como insensibilizado, arrancóse el anillo nupcial, que no tenía ya ningún valor de símbolo, y lo arrojó lejos de sí... yendo a caer en una alcantarilla.

Y pasada la ceremonia, volvió el coche, lleno de barro, al *garage*, y el chofer, bromeando, dijo a Roberto, ajeno al daño que le hacía:

- Limpie el coche de los novios, abuelo... Ya es lo único que puede usted ver de una luna de miel.

¡Dios santo, qué martirio! ¡Qué larga agonía!

Otra horrible punzada al corazón obligó al infeliz a sentarse en el interior del coche, y apoderándose de un cendal y una rosa que ella, su Carlota, dejara olvidados allí, los besó con toda su alma, llorando... y con aquellos besos y con aquellas lágrimas entregó al recuerdo de su amada su vida.

FIN

ACABA DE PONERSE A LA VENTA
en las selectas

EDICIONES ESPECIALES
LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

RAMONA

por

DOLORES DEL RIO y WARNER BAXTER



PRÓXIMAMENTE
La joya de los

ARTISTAS ASOCIADOS

DOS AMANTES

por **RONALD COLMAN y VILMA BANKY**

EXCLUSIVA
DE VENTA

Sociedad General
Española de Librería

Barbará, 16
BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1
MADRID

EB.



14

